EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI — DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA — NÚM. 10989

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.° ó 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 3 DE JULIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPAÑIA DE SEGUROS REUNIDOS

Domicilio social: MADRID, CALLE DE OLÓZAGA, NUM. 1 (Paseo de Recoletos)

GARANTIAS

Capital social efectivo	P. 4.000.000
Primas y reservas	11.596.510
TOTAL	15.596.510

32 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS CONTRA INCENDIOS

Esta gran Compañía nacional asegura contra los riesgos de incendio.

El gran desarrollo de sus operaciones acredita la confianza que inspira al público, habiendo pagado por siniestros desde el año 1864, de su fundación, la suma de pesetas 59.150.691'43.

SEGUROS SOBRE LA VIDA

En este ramo de seguros contrata toda clase de combinaciones, y especialmente las Dotales, Rentas de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos á primas *más reducidas* que cualquiera otra Compañía.

Subdirección en Cartagena: Sres. Viuda de Sero y C.ª, Plaza de los Caballos núm. 15

PAPEL DEL ESTADO

OPERACIONES AL CONTADO Y A FECHA

COMPRA Y VENTA

DE TODA CLASE DE VALORES

cotizables en las Bolsas

DE MADRID, PARIS Y LONDRES

CAMILO PEREZ LURBE

12, CASTELLANI, 12

Véase anuncio *MODA Y ARTE* en la tercera plana.

EL DOCTOR USON

Que permanecerá en esta ciudad durante el verano pone su conocimiento de los enfermos de LOS OJOS y de LA MANO, que recibe consulta todos días de nueve á una en su gabinete, calle del Duque, 35, principal.

SIN ALIANZAS

No estamos acompañados ni solicitamos que nadie nos acompañe. He aquí en síntesis lo que ha contestado el ministro de la Gobernación al conde de Romanones, cuando éste ha querido conocer en el Senado el criterio del gobierno respecto á las ovaciones que se han hecho en la Coruña y el Ferrol á los marinos de la escuadra francesa y en Barcelona á unos músicos franceses.

Estamos donde estábamos; el gobierno no ha variado de modo de pensar respecto á las alianzas y considerando que la neutralidad es lo que más nos conviene la sostiene y hasta la llama preciada.

El gobierno está divorciado del país en este asunto; no mira con malos ojos los entusiasmos de los españoles hacia los franceses; al contrario, le complacen, pero no entra por el camino que le está indicando el sentido popular.

Tal vez tenga razón el gobierno. Tal vez ha tanteado el terreno para entrar por el camino que le marca el sentido público y no lo ha encontrado practicable. Si ha ocurrido así, lo desconocemos, y prescindimos de ese caso probable, pues no nos hemos de ocupar de cosas que ignoramos.

Por cualquiera razón que sea, el gobierno no es afecto á la alianza con la república vecina. Sus órganos en la prensa lo han dejado entrever así y un ilustre escritor, Julio Burell, ha preguntado desde las columnas de «La Epoca:» ¿Qué bienes nos puede traer una alianza con los franceses? Y cita á renglón seguido el caso de Italia, que formando parte de la tríplice se ha visto sola peleando contra los abisinios.

El razonamiento no puede ser más peregrino. Italia tendrá pactado con sus aliados que le favorezcan contra las agresiones de Francia y Rusia, pero de ningún modo ha podido pactar que le ayuden en sus proyectos de ensanche de colonias. Si cualquiera de ambas naciones hubiera hecho una demostracion contra la península italiana ó contra las colonias de dicha nación no hubieran permanecido ociosos los imperios alemán y austriaco.

En cuanto á lo que nos pueda dar la alianza con los franceses, si no se pretende saber de ellos mismos siempre habrá derecho á hacer la pregunta del señor Burell. En tanto que no haga el gobierno esa pregunta en el terreno oficial estaremos igoorantes de lo que podamos esperar y de si nos conviene ó no lo que se nos ofrece.

Y mientras eso no se sepa seguirá creyendo el país que lo que mas le conviene para ahora y para luego es la alianza, con la nación vecina.

EL MIOPE

(ESCENAS DE BASTIDORES)

—*Si veo, si veo.*

Esta frase, de una revista muy conocida, dió la primera celebridad al incopiable artista cómico Julio Ruiz.

Y el caso es que no veía nada, cuando aseguraba que sí; de lo cual resultaban los efectos cómicos que daban á conocer el talento artístico del maravilloso actor.

Porque el corto de vista, sobre todo en los escenarios de los teatros, no da su brazo á torcer.

Aunque lo empalen, no declara que es miope. ¡Qué dirían, en otro caso, las muchachas á quienes se dirige!

El modelo que elijo para borronear este articulejo es D. Damián, conocidísimo por su verdadero nombre, en todos los teatros de Madrid, en los cuales no hay maquinista que no le haya soltado un terno, ni guardarropa que haya dejado de verterle en la pechera de la camisa una fuente de natillas.

D. n Damián es viejo, pero teo.

Vista con exagerada colaridad, y antes faltará el sol al cielo sin nubes, que á Don Damián le falte una hermosa flor blanca en la solapa izquierda del frac.

Como se dice vulgarmente, no ve tres sobre un burro; pero guárdese usted de querer guiarle, de llamar su atención sobre cualquier obstáculo que se oponga á su paso, porque contestará con indignación, desfigurada por la cortesía:

—«Si veo, hombre, si veo».

Y para *ver* si *ve*, *vean* ustedes lo que yo le he *visto* hacer una noche del último invierno en el teatro de Apolo.

A tercera hora se hacía una función con baile, no recuerdo su título.

Don Damián, en viendo una bailarina, va hacia ella sin poderlo remediar, como á la luz la mariposa.

Desde el saloncito se dirigió al escenario, en pos de una silfide rezagada, y creyendo que no había más que dos escalones donde hay tres, tropezó en el tercero y cayó de bruces el pobre señor.

Ayudado por una corista, que le tendió una mano blanquecina, mientras se reía á hurtadillas, consiguió D. Damián ponerse en pie, diciendo entre sonrisas, para olvidar el dolor de la espinilla:—«¡Picaros entidicos! Hacen cosa de mis rivales; me ponen jabón en todas las escaleras; pero no les vale. Yo no pierdo por nada el equilibrio. Afortunadamente no he llegado á caer».

Y decía esto, cuando la falta de pulma de aquellos petuanos le había marcado huellas obscuras en la blanca pechera de la camisola.

Ya puesto en pie quiso penetrar en el escenario, y creyendo que estaba abierta la puertecilla, dió sobre ella un encontrón que le derribó el sombrero, estropeándole, de paso, el ojo derecho.

«¡Picara puerta! ¡Pues no abre hacia dentro! Ayer abría hacia fuera. Otro cambio repentino realizado por mis competidores. ¡Vaya, no ha sido nada!»

Y efectivamente, no era nada lo del ojo, pero se sacaba las lágrimas, que brotaban de él copiosamente.

No hizo más que entrar en el escenario y decirle buenas noches al primer bastidor que, sujeto á un carro, estaba un poco fuera de nivel.

para que se prestaran á sus benéficas miras. Su conducta refutaba victoriosamente sus teorías.

Los abusos de las leyes antiguas sobre los pobres estaban por su vecindad en esa época, en su punto de indulgencia, y su penetración, acaso también sus hábitos de imperiosa decisión, le condujeron al mejor resultado que pueda esperarse de la ley que se está ensayando ahora. Demasiado para declararse campeón de un sistema, é intentar más cosas de las que pudiera terminar, reconoció á lo menos y siguió un principio que no se ha descubierto y practicado en la administración de la nueva ley de los pobres. Uno de sus principales objetos debía ser, restringiendo la caridad pública, excitar la benevolencia individual. El propietario ó el eclesiástico á cuya vista se produzcan ejemplos aislados de dureza ó de corrupción por efecto de una ley general y saludable, debe, unas á los individuos perjudicados en esos ejemplos, como vinculados á sus cuidados. A él le toca llenar con su beneficencia personal la laguna que la caridad pública debe dejar precisamente. Esto fué lo que principalmente tuvo á la vista Maltravers en los cálculos reglamentos que estableció en sus dominios. La vejez, las enfermedades, la privación de lo necesario sin haberla merecido, el desamparo accidental, encontraban en él un amigo seguro, vigilante, infatigable.

No temais, señor mío; justo es que yo sufra como vos, ya que mi abandono en llenar mis deberes os ha tentado para que me hayais engañado; bajo la dirección vigilante del señor Cleveland fuisteis hombre de bien, retiraos con vuestras ilícitas ganancias. Si os habeis endurecido en el mal, ningún castigo podría corregiros; si no ha llegado ese caso, bastante castigado estais. Con todas vuestras canas y con un pié en la sepultura, habeis sido llamado pícaro sin poder alegar una sola palabra en vuestra defensa. Idos.

Seguidamente tuvo Maltravers que ocuparse de todos los negocios que le cayeron encima, consecuencia de la mala administración de sus haciendas. Se desembarazó de algunos de sus arrendatarios, hizo unas reducciones justas en la renta que pagaban otros, dió trabajo á la gente del campo con las diversas mejoras que emprendió y se ocupó seriamente de los pobres. Sin embargo, no se entregó á esa caridad, sin discernimiento con que se compra á vil precio una popularidad, que algunas veces se hace forzoso sostener de una manera onerosa, estimuló la industria, alentó las esperanzas. Conoció que la ambición, la emulación, que no quería permitirse á sí mismo, eran sus auxiliares más poderosos para conducir á los aldeanos, cuyo carácter estudiaba con mucha atención.

días de su muerte, y habiendo prestado poca atención á este incidente se borró muy pronto de su memoria por otros mil pensamientos y otras mil escenas que se siguieron. El señor Merton continuó:

—Esperamos la llegada de lord Vargrave, le supongo un amante solícito, mas sus deberes le retienen en Lóndres. Antes de ayer ha pronunciado un discurso asombroso en la cámara de los lores, á lo menos nuestro partido lo piensa así. El matrimonio debe efectuarse cuando miss Cameron cumpla la edad de diez y ocho años.

Acostumbrado Maltravers á padecer y disfraz en el arte orgulloso de ocultar sus emociones, no dejó ver á los ojos del rector ninguna señal de sorpresa, ningún indicio de pena. Si el señor Merton hubiese sospechado antes que Maltravers sentía por Evelina algo más que admiración, sus sospechas se habiesen disipado cuando éste le respondió con mucha indiferencia.

—Espero que lord Vargrave merezca su ventura. Pero volviendo al señor Justis, me confirmais en la opinión que ya tenía yo formada de ese individuo de lengua de salamero.

La conversación se continuó sobre negocios hasta que Maltravers se levantó para retirarse.

—No comeis hoy con nosotros? preguntó el obsequioso rector.